

Publicado por
Dharma Books + Publishing

No hay nadie en casa
Isabel Díaz Alanís

ISBN:
978-607-99590-7-4

D.R. © 2022, Dharma Books
Dharma Books + Publishing
Arquitectos 51
Escandón, 11800
Miguel Hidalgo,
CDMX.

www.dharmabooks.com.mx

Diseño de portada: Raúl Aguayo
Diseño editorial: Jorge Fernández

Impreso en México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño tipográfico y de portada, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de la editorial.

ue me regres
dios— seguía
nto por he
ara imagi
so de r

No hay nadie en casa
Isabel Díaz Alanís

di cuenta cam
en el estóma
la historia d
ue me regres
dios— seguía
nto por he

ustodia
o. Que las
n seco como

ueva York
s turísticas
sayo, ves
den hace
porque
ntes
err
aje,
pas
bía inve
o e



Dejé un durazno sobre la mesa de cocina antes de salir del país. Me di cuenta camino al aeropuerto e inmediatamente sentí el golpe de la estupidez propia en el estómago. Justo decía la radio que se avecinaban las temperaturas más altas en la historia de la ciudad. Excelente tino. Lo que es peor, podía haberle dicho al taxista que me regresara y deshacerme del incómodo huésped —que seguro atraería los propios— seguíamos cerca e íbamos con suficiente tiempo. En cambio, ¿por qué?, di el asunto por hecho. Decidí que tocaba apechugar y sobrellevar el terror que me provocara imaginar la descomposición de esa fruta en la costa este, paraíso de roedores.

¿Quién tenía llaves del departamento? Carlos, la custodia habitual, se había ido por el verano. ¿Lindsey...? Le mandé un mensaje. Que no. Que las iba a buscar pero no creía. Que no me preocupara. Que el durazno estaría tan seco como un desierto para cuando yo volviera.

Ni modo.

El fin de semana antes de mi vuelo a Madrid estuve en Nueva York en un congreso de literatura latinoamericana. Les gusta hacerlos en ciudades turísticas, así los académicos matan varios pájaros de un tiro. Presentas tu ensayo, ves a los

amigos de otras universidades y vacaciones. Por supuesto, quienes pueden hacerlo con más facilidad son los profesores que ya tienen plaza o van rumbo a ella porque tienen un sueldo y un estipendio para conferencias mayor que el de los estudiantes y los profesores sin plaza. Pensé en cancelar para evitar gastos fuertes antes del viaje, pero podía llegar a Nueva York en autobús y me quedaría con una amiga de mi hermana. No había que pagar hotel ni avión, seguramente el golpe no sería tan duro. Otro error de cálculo. Tan pronto terminó el congreso me dediqué a hacer *mea culpas* pensando en las posibilidades adquisitivas del dinero que había invertido en él.

Todavía no entiendo por qué fui. Para entonces, mi futuro en la academia se tambaleaba, se me iba. Vivía en un estado de vergüenza constante, al punto que, luego de recibir un par de críticas en mi presentación, algo así como “no tomaste este dato histórico en cuenta” y “no fue del todo adecuado tu uso de tal teoría literaria”, me encerré en un baño a llorar en secreto. Los profesores no habían sido irrespetuosos ni inoportunos, pero para entonces yo era un vidrio cuarteado o cualquier otro objeto que ya está roto, aunque se mantenga en pie. Lloré en tantos lugares ese año. En baños públicos, en cafés, en una boda, en mi cama, sola. Toda yo era un *quíereme*, así, en imperativo. No hacía falta que me dijeran mis defectos, yo los veía. Sentía su peso. En la regadera, imaginaba que, si me tallaba bien, así como se iba la mugre por el desagüe, me iría yo, o por lo menos esa capa de mí que no funcionaba. Quería quitarme la piel como se pela un plátano.

Dramática.

Esto es ser un rencor vivo. Desde aquí no es posible escribir.

Una vez que acabara el congreso, mi plan era volver a Filadelfia, descansar un poco y viajar al día siguiente. El plan *era*: suficiente es decirlo para saber que no fue así. Contra todo pronóstico, estaba disfrutando la cena de clausura y entre la compañía, las copas y el empacho, decidí quedarme una noche más. Ya había sacado la maleta de dónde me había estado hospedando así que acepté el cuarto que me ofreció Lindsey en su casa de la infancia. Los padres de mi amiga viven en Flushing, Queens, un barrio cuyo nombre conocía gracias a la *sitcom* noventera *The Nanny*. La protagonista era de ahí. Fran Fine, una mujer-minifalda de voz nasal convertida en niñera de los hijos malcriados de Maxwell Sheffield, un viudo inglés productor de Broadway. Nos lo recordaba la canción al principio de cada episodio. De Flushing a Manhattan. De vender cosméticos a domicilio a ser, *spoiler*, la esposa de un millonario. Me encantaba esta serie de niña. Pasaban los capítulos repetidos muy temprano en la mañana y yo veía tanto como pudiera sentada sobre la mesa del cuarto de la tele mientras mi mamá me peinaba para la escuela. Fran era graciosa y aunque no pertenecía al círculo al que había llegado por accidente, casi siempre se ganaba el cariño de los que sí. Me gustaba pensar que yo era como ella, a veces incomprendida, pero no incapaz de ser amada.

Amanecí en Flushing con un nuevo plan. Tomaría el Long Island Railroad hasta Penn Station. El autobús a Filadelfia salía a pocas cuadras de ahí. Era cuestión de tomarlo, llegar a mi departamento, rehacer la maleta y salir al aeropuerto. El tiempo estaba justo pero tampoco tendría que ir con prisa, solo era necesario ser decidida. Antes de salir de casa de mi amiga revisé que no olvidara nada. Pronuncié la lista de artículos

de aseo personal —decirla en voz alta me ayudó— *desodorante, jabón, crema, cepillo de dientes...* Todo en orden. Ya en la puerta, Lindsey me ofreció el fruto de la discordia con el gesto amoroso de una hermana mayor: ten, para que desayunes. Tomé el durazno, era enorme y estaba en su punto, los jugos listos para derramarse, y lo guardé en mi mochila para comerlo más tarde, cuando se me abriera el apetito.

Tan pronto llegué a Filadelfia el tiempo pareció acelerarse y me aceleré yo también para cumplir con mis pendientes. Mientras iba y venía acomodando ropa y papeles el durazno esperaba paciente sobre mi mesa de cocina. *¿Traigo todo? Pasaporte, visa, I-20, carta de invitación, celular, cargador, cartera. Listo. La laptop también porque vuelvo acá hasta agosto; su cargador. ¿Me llevo este artículo impreso para cuando esté redactando el proyecto de tesis?, ¿y este libro? No, mejor lo leo desde la compu, para no pasear papeles a lo burro. Ok, ya está. ¿Hola, ya está afuera? Sí, salgo ahora mismo, gracias.* Me imagino una gota rodando en cámara lenta sobre la superficie redonda del durazno a la vez que cerraba la puerta. Lo había olvidado.

Busqué en internet, con redacciones variadas, en inglés y español: ¿cuánto tarda una fruta en descomponerse? ¿Cuánto tardan los duraznos en descomponerse? ¿Qué tipo de pestes atraen las frutas podridas? *Do peaches attract specific pests?* ¿A las ratas les gusta la fruta? *Do mice like fruit?* ¿A las cucarachas?, ¿a las hormigas? ¿Son dañinas las moscas de la fruta? *Fruit flies health risks.* ¿Qué enfermedades transmiten? ¿Cuánto tardan en aparecer? *Fruit flies Philadelphia.* ¿Cuánto tardan en morir? *Fruit flies eviction reasons.* Buscar: fruta y calor húmedo. *Can you tell where*

in an apartment building an infestation began? Buscar: olor de fruta podrida. Buscar: remedios de pestes. Leí foros de agricultura, de limpieza del hogar. En sueños veía la selva que había brotado de la nuez. Verde, espesa, apenas contenida por los confines del pequeño estudio ahora plagado de cucarachas y ratones. La obsesión, como la memoria, es un principio organizador.

En mi familia, a la gente capaz de recordar las cosas tal y como fueron y con lujo de detalle, se les dice que tienen memoria de Tío Héctor, el hermano de mi padre, a quien le encanta repetir las gracias que mis hermanas y yo hicimos de niñas. *¿Te acuerdas cuando tu tía te recogió del kínder y dijiste: 'todos los niños con sus mamás y yo con esta'?*, le dice a Pilar, recordándole su descortesía infantil. *¿Te acuerdas de 'la vaca le pon'?*, me dice, por enésima vez. Durante la época en que mi madre emprendía la batalla de quitarme el chupón, mi familia visitó un rancho en el que había una vaca que acababa de dar a luz. Tal vez cayó entre la paja en la que imagino a la vaca recostada con su ternero nuevito o quizá mi madre lo ocultó, no importa, cuando pregunté por mi chupón, me dijo que se lo había obsequiado al animal, que lo necesitaba para su bebé, y que no me haría falta porque yo era una niña grande. *'La vaca le pon'*, respondí, a modo de aprobación, aunque al poco rato pedí por él, cuando dejé de sentirme generosa.

No me acuerdo de la Isabel que le cedió su chupón a un ternero, pero sí de las tantas veces que esta anécdota ha surgido en reuniones familiares en que, sentados a la mesa, nos invade la nostalgia. Si tuviera que describirme a esa edad, según

las fotografías y lo que dicen mis padres, yo era una niña risueña, gordita y sociable. Brincaba en mi cuna hasta marear a los adultos y me hacía la dormida cuando no quería convivir, a menos que me sobornaran con la promesa de un helado.

Al poco tiempo de entrar a la primaria comencé a perder esa alegría, empecé a compararme con las demás niñas, eran más delgadas y más bonitas que yo y no tenían problemas para ir al baño. A mis siete años todavía no sabía escuchar el llamado de mi cuerpo para hacer pipí hasta que fuera muy tarde. No pasaba siempre pero sí lo suficiente como para ser objeto de regaños y nalgadas en casa y de burlas en la escuela. Hoy me parece que esa falta inauguró mi estatus de apestada, que duró hasta la secundaria, y mi narrativa de la vergüenza propia, la que hace que me descuente desde antes de las posibilidades del éxito. Aunque yo solo recuerde a la Isabel rara, sin amigos, la constancia con que esos relatos de niña feliz reaparecen en mi vida me hace creer en su veracidad. *Como migas de pan pasadas por un colador*, así describe Stephen King a las ideas que sobreviven la marcha del tiempo, que insisten y se depuran y logran convertirse en historias. Yo fui feliz, me dicen los que se acuerdan, y yo decido creerles.

Mi memoria no es perfecta. No es, ni de Tío Héctor, ni de elefante. Semejante defecto, en principio, me descalifica de la escritura de memorias e incluso de la no-ficción en general. Pero recordar suele ser un ejercicio de estira y afloja, de imágenes claras e intuiciones débiles; es ir a tientas tras olvidos conscientes e inconscientes.

La ausencia de una memoria prodigiosa es parcialmente responsable de este relato, o eso me decía. Muchos años después de ser esa niña que no sabía ir al baño fui admitida en

un doctorado de literatura en una universidad estadounidense. Estaba feliz. Había sabido sobrevivir la soledad poniendo atención a lo que hacía la gente popular para tener amigos, aprendí imitando, y así poco a poco encontré mi lugar en el mundo. Para cuando llegó la carta de aceptación tenía claro que este paso cimentaría mi transformación de patito feo a cisne. Había triunfado y no volverían a lastimarme.

Desde un principio el programa fue difícil. Me serví de mis técnicas de imitación para ajustar la manera en que me expresaba y supe anotar los nombres de los teóricos que se repetían en la conversación para asegurarme de leerlos. Había mucho por saber que no sabía, y al poco tiempo ya tenía una generación nueva pisándome los talones. En el tercer año del doctorado reprobé el examen oral considerado el parteaguas del programa, el disparo de salida de la profesión. Lo mío fue el equivalente a quedarse parada en la línea de meta después de meses de entrenamiento, u olvidar cómo poner un paso frente a otro. No sé cuántas horas de terapia he invertido para borrar el antimantra que se quedó conmigo ese día: *no puedes, no eres, no serás*. Si tan solo contara con una gran memoria habría podido defenderme, pensé. Por supuesto, tenerla no habría cambiado nada. Las inseguridades que vuelven a un examen la confirmación o absolución de todos los miedos de ineptitud anteceden por mucho al momento en que comienza la prueba.

Escribir sobre ese día me ha tomado varios intentos. Supongo que están aquí, todas mis migas de pan coladas, Isabeles constantes que se han aferrado a la página para no desaparecer. Escribo para descifrar qué fue lo que pasó en ese instante y los que quedaron atados a él. No me interesa

ser fidedigna, tampoco inventar. Voy a contracorriente de mi memoria. Escribo para recuperar una voz que creía perdida y para eso necesito dudar de mi narrativa, palpar el recuerdo como fruta para conocer su estado.

Después de un año de fracasar en el trabajo y en el amor había decidido que era hora de tomar unas vacaciones. Sentada a la mesa del café donde escribía los fines de semana, hice cuentas, revisé sitios de aerolíneas de bajo costo y reservé un boleto Filadelfia-Madrid-Ciudad de México a salir el 31 de mayo de 2016. Eran principios de abril. Ese café ya no existe y ya no vivo cerca del que ha tomado su lugar. Yo también soy muy distinta a la que era entonces.

Dos noches antes de comprar el boleto había estado celebrando el cumpleaños de un amigo en un bar de Filadelfia. Por hábito, abrí facebook y me topé con El Suizo, la otra parte de una amistad complicada por el sexo, posando sonriente con su nuevo ligue frente a algún edificio famoso de Nueva York. *Por eso me pediste prestada la maleta.* Al hacerlo dijo, como quien no ve la necesidad de defender sus intenciones pero igual lo hace, que pasaría unos días con esta chica, que conoció en *Spring Break*. Había pensado en omitir el dato, pero, *al final te vas a enterar*, y a él no le gustaba decir mentiras. Se la presté. Se veían tan felices y tan hermosos en la foto. Él, con su confianza en sí mismo, ella, con su cabello dorado. Eran la imagen del éxito. Estaban en una ciudad icónica en un

día soleado, bien vestidos y juntos. Yo estaba sola, a oscuras y tapándome la panza con un brazo.

El Suizo y yo no éramos pareja ni exclusivos ni nada, pero la foto me dolió. Cuando me devolvió la maleta, le reclamé su falta de tacto y me acusó de dramática, de asumir una narrativa de víctima que lo colocaba injustamente en el rol de villano. Él, que siempre había sido claro conmigo. Él, que simplemente no me había querido según mi idea de querer.

Dramática. ¿Fue así?, pensaba en las noches, ¿estoy siendo irracional?

No me gusta *esa* palabra, tiene una larga cola misógina que prefiero no arrastrar, pero reconozco que até mi valor personal a una relación que había acabado desde que empezó. Ese año, del cual él fue la cereza en el pastel, la gota que colma el vaso, la hebra de paja que quiebra la espalda, me desbarató. Quería salir de los límites de mi cuerpo, de ese forzado regreso a la infancia en el que me sentía: vulnerable, patética, pequeña. Me conformé con salir del país. Estaba a punto de comenzar la escritura de la tesis y el monto de mi beca sería reducido después de ese verano. Es ahora o nunca, pensé.

Esta época de mi vida vive en una suerte de péndulo en mi memoria. A veces se siente lejana. Como una foto de pubertad que prueba la disonancia entre lo que era y lo que pensaba que era. Y de pronto está tan cerca de mí que los ojos se me cruzan y no puedo ver la distancia entre mi narrativa y yo. Hebe Uhart lo pone de otro modo:

Si yo soy una bronca permanente, un rencor, un odio —lo que fuera— yo soy una pasión en estado vivo y por lo tanto yo no puedo cualificarla ni

puedo definirla ni puedo acotarla, ni puedo cercarla. Si tengo un rencor eterno no puedo escribir de eso. Soy yo un rencor, soy yo una bronca.

A pesar del tiempo quedan pedazos de mí que son rencor y bronca y miedo y ansiedad y culpa. En realidad, son mucho más que pedazos. Se han vuelto instintos que me alertan del peligro inminente de mi debilidad. Me hacen pensar que yo soy mi peor enemiga y, de cierto modo, no mienten.

La compra fue impulsiva y mal planeada. Las cuentas que según yo había hecho de manera diligente, me enteré pronto, no habían contemplado todos los gastos fijos (el del gimnasio, por ejemplo, se me escapó), o bien, había errado en la cifra exacta como en el caso de la calefacción que seguía prendida a estas alturas del año. Por buena parte del mes recibí correos de mi banco diciendo que mi cuenta estaba sobregirada y que necesitaba depositar cierta cantidad cuanto antes para evitar que se acumularan intereses. Cada nuevo mensaje revelaba una cifra ligeramente mayor que al final no cambiaba nada, faltaban todavía semanas para recibir el siguiente sueldo. Sin otra fuente de ingreso que me salvara de mi torpeza financiera sobreviví los últimos días gracias a una caja de espagueti olvidada en la despensa y a los quesos y canapés que ofrecían en las conferencias de literatura a las que asistí ese mes. En mayo me liberé de la deuda y contraí otra, esta vez con mi padre, para pagar el resto del viaje que me llevaría, en ese orden, a Lisboa, Bucarest, Estambul y Roma.

—Es la última vez que hago algo así, Isabel, te voy a perdonar la deuda, pero ya no me pidas dinero para estas cosas.

Mi padre ha procurado darnos una mejor vida de la que él tuvo y por eso lo persigue el miedo de echarnos a perder. Cuando un gasto es mayor de lo que a él le gustaría, barre la cifra con la mano y suelta un *¡que las mantenga el gobierno!*, aunque sus hijas sabemos que su *no* puede ser modificado si presentas tus argumentos adecuadamente. Las ausencias que le dieron forma a su vida han estado siempre saldadas en la mía y por eso el peso de su ejemplo puede ser asfixiante. Como si mi amor por él fuera esa pequeña escultura que rompí de niña cuando jugaba en la sala, territorio prohibido, y que, incluso arreglada, deja ver las líneas del impacto. Por eso pedí el dinero a manera de préstamo, para evitar romper la escultura en más pedazos, pero con su perdón y patrocinio mi deuda pasó de ser monetaria, un saldo puntual con la posibilidad de regresar al cero, a emocional, es decir, impagable. ¿Hay generosidad sin culpa? Ay, ¡ahora el malo es el papá que pagó los traslados de Europa! Pero *yo* soy la incomprendida. El colmo.

Tal vez El Suizo tenía razón. *Dramática.*

Según el itinerario que me había dibujado, llegaría en julio a la Ciudad de México, a donde se habían mudado mis padres varios años antes. Necesitaba regresar a mi familia después de no verlos la mayor parte del año. Estar en un lugar en el que podía bajar ciertas guardias, aunque tuviera que subir otras. Ahí me quedaría hasta mediados de agosto escribiendo el proyecto de tesis, una especie de esquema narrado en el que explicas el propósito general de tu investigación, qué tipo de lecturas han informado la construcción de tu hipótesis, los elementos que analizarás, cómo están al servicio de ese tema general y tu aportación tentativa a la disciplina a la que

perteneces. Es la planeación de un viaje largo a una zona que conoces poco, como el que narraré, pero con menos dudas. Delinear tu proyecto de tesis es escoger un norte con la esperanza de que, si te aseguras de seguirlo, llegarás a donde te habías emprendido.

Una tarea heroica de por sí, poner en palabras lo que quieres hacer y decir, más aún con una familia entera distrayéndote. Mi madre en especial me persiguió con necesidades inventadas para asegurarse de que estaba siendo hospitalaria: *¿quieres agua?, ¿quieres algo de comer?, ¿quieres que abra la ventana?, ¿quieres que te cierre la puerta?, ¿quieres un licuado de fruta?, ¿quieres un suéter?, ¿está bien así la luz?, ¿necesitas una lámpara?, ¿segura que no quieres algo para picar?* Y mi respuesta, invariable: *no, gracias, mami. Ya no me distraigas, por favor. ¡Ahora se queja de la madre que está al pendiente de su comodidad! Ingrata y dramática.*

Pero eso ya fue a la vuelta. En mayo, sin más intención que emprender la huida, dejé Filadelfia, la regadera descompuesta que desde octubre me forzaba a bañarme con un vasito de plástico, los ratoncitos que se asomaban un día sí y un día no debajo de la estufa y al taxista demócrata que votaría por Donald Trump porque tenía *huevos más grandes que la luna*. Y llegué, al día siguiente, a Madrid.

